



# [*Costumbres*]

*Rodolfo Sánchez Cuéllar*

## CRÓNICAS DE LA VIDA EN CANTORIA DURANTE LOS ÚLTIMOS AÑOS DEL REINADO DE ALFONSO XIII Y LA REPÚBLICA

Antes de llegar a nuestro destino, pasábamos por un cruce de caminos, y siguiendo una costumbre, tirábamos todos una piedra en un montón que había en el mismo cruce, que era, según la tradición, tanto como si cada uno de nosotros hubiera rezado un padre nuestro, por el alma de un hombre, que había sido asesinado en aquel mismo lugar. Años más tarde supe que los judíos hacen algo similar con las piedras sobre la losa que cubre la tumba de sus muertos. Una vez en nuestro destino, situados ya al pie del primer olivo, empezábamos nuestro trabajo. Las operaciones eran siempre las mismas. Descargar la burra o la mula, encender el fuego en un lugar que estuviera resguardado del viento, trabar la caballería, colocar la carga con la comida y las mantas cerca del fuego y seguidamente, extender las jarapas y sacos alrededor del primer olivo y empezar sin más dilación a recoger aceitunas.

**Vida de los Campesinos en los años 20-30**

Antes de la guerra, allá por los años 1927-28, cuando yo era pequeño y vivía con mis padres en el pueblo, años antes de que me mandaran a Barcelona con los abuelos, que vivían en aquella ciudad, se me vienen a la memoria aquellas mañanas del mes de enero, cuando llegaba la época de la recogida de la aceituna. Hay que decir pronto y sin embargues, que si jodida era la vida en los cortijos, no lo era menos para la mayoría de las familias que vivían en los pueblos. Debía de tener yo cinco o seis años, era hijo único, porque el primer hijo de mis padres se les murió de pocos meses, cosa muy normal por aquellos años. Este hecho me hace recordar la pena que sentían al tenerme que levantar a punta del alba. Recuerdo, que mientras mi madre preparaba la cesta de la comida, mi padre aparejaba la burra o la mula, cargaba las aguaderas, los cántaros del agua y todo lo necesario para aquella jornada de trabajo.

Preparada la carga y arrebujaos en mantas hasta los ojos, salíamos de camino con el cielo estrellado por aquellas ramblas, cargados de sueño y muertos de frío, hasta llegar a nuestro destino.

Antes de llegar a nuestro destino, pasábamos por un cruce de caminos, y siguiendo una costumbre, tirábamos todos una piedra en un montón que había en el mismo cruce, que era, según la tradición, tanto como si cada uno de nosotros hubiera rezado un padre nuestro, por el alma de un hombre, que había sido asesinado en aquel mismo lugar. Años más tarde supe que los judíos hacen algo similar con las piedras sobre la losa que cubre la tumba de sus muertos. Una vez en nuestro destino, situados ya al pie del primer olivo, empezábamos nuestro trabajo. Las operaciones eran siempre las mismas. Descargar la burra o la mula, encender el fuego en un lugar que estuviera resguardado del viento, trabar la caballería, colocar la carga con la comida y las mantas cerca del fuego y seguidamente, extender las jarapas y sacos alrededor del primer olivo y empezar sin más dilación a recoger aceitunas.

Mi padre, se subía a lo alto del olivo y desde allí, ordeñaba las ramas, haciendo caer las aceitunas sobre las jarapas extendidas, a renglón seguido, mi madre y yo, hacíamos el trasiego de las aceitunas caídas al saco. Las que caían fuera, sobre las piedras, nos obligaba a recogerlas una a una para echarlas al cesto y luego al saco.

Los dedos se nos quedaban agarrotados por el frío, hasta tal punto que de tanto en tanto teníamos que acercarnos a la lumbre para calentarnos y con sumo cuidado, desentumecer las manos y una vez repuestos, volver a la tarea. De un olivo a otro, de una "tochá" a otra.

De esta manera, iban trans-

curriendo las horas de la mañana, solos, callados, silenciosos entre cerros, recogiendo aquellas aceitunas casi miserables.

Absorbidos por nuestro trabajo, no podíamos apreciar como avanzaba la mañana, como al despuntar de la aurora le seguía un sol, que lentamente iba bajando de las cumbres de los montes, al fondo de los barrancos, dando luz y calor a las frías mañanas del mes de enero. Mañanas que pasaban desapercibidas, por unos seres absortos y semi-olvidados de sí mismos, incrustados y como perdidos en medio de unas laderas de los montes de Almería.

El cielo era transparente, pero el aire cortaba como un cuchillo de hoja afilada y fina. Era inevitable, era como una pesadilla, la soledad de un hombre, una mujer y un niño, en medio de los cerros recogiendo aceitunas, casi una a una. Es totalmente imposible y por mucho que lo intento, meter algo de ilusión y de poesía en estos recuerdos de mi infancia.

El trabajo, como un rito lo proseguíamos hasta la hora de almorzar. Llegado el momento, mi padre se bajaba del olivo que procuraba dejar concluido, nos acercábamos a la lumbre y mientras tanto, mi madre iba sacando del cesto lo que había preparado para comer en aquella primera hora de la mañana. En general, el desayuno consistía, usando una expresión castiza de la tierra, en "pan y chicha", pan y fiambre para entendernos, productos del cerdo, longaniza, chorizo, morcilla, tocino y mamón; una botella de vino del país y finalmente, almendras e higos secos.

Mientras comíamos, sentados y abrigados con las mantas alrededor del fuego recuerdo que mi padre me decía:

*- Niño, cuando termines, échale un vistazo a la burra y mira que no se haya "destravao", no baya a perderse-.*

Qué cosa, esta sencilla frase, cuando a veces cierro los ojos, miro atrás y recuerdo la escena a través de los años,



**Labores de la trilla. Foto: María Dolores Molina**



**En plena faena de la trilla. Foto: Antonia Matías**

a pesar de todo me suena a gloria. La burra, mientras nosotros íbamos faenando, ella iba pastando por la ladera del cerro el poco o mucho pasto, casi siempre más bien poco. Todo dependía de la lluvia de ese año.

De esta forma, repuestos después de comer y recomfortados, volvíamos nuevamente a nuestra tarea, que se iba prolongando, mientras se levantaba el día. El sol de la mañana ya en lo alto, iluminaba los montes y los pájaros volaban dando señal de vida.

Con más ánimo, nosotros proseguíamos nuestra labor hasta la hora de comer, donde nuevamente, sentados junto al fuego, nos comíamos las migas que mi madre había preparado y que dentro de una olla de barro, colocada en una aguadera cubierta de paja, se mantenían calientes.

Terminada la comida y descansados, volvíamos nuevamente a la tarea, que se prolongaba hasta mediada la tarde, en que mi padre daba por terminada la recogida de aceituna por aquel día, seguidamente y aprovechando las últimas horas de sol de la tarde, se organizaba casi corriendo la vuelta al pueblo: se amarraban los sacos, se recogían las jarapas y la carga se completaba si podía ser con un haz de leña y un par de cántaros llenos de agua "buena" para beber, llenado en una fuente, propiedad de nuestra familia.

El camino de vuelta, casi siempre lo hacíamos andando. Sólo cuando faltaba poco para entrar en el pueblo, mi madre se montaba en la burra, porque no estaba bien visto que las madres entraran a pie en el pueblo cuando volvían del campo.

Como vemos, la vida de las familias humildes, labradoras en su mayoría, en esos años y hasta bien entrados los años 60, era dura, muy dura. Los males

venían de muy atrás. En general, las familias labradoras, disponían de algunas tierras de riego y mucho secano, todo agravado por el hecho, en la mayoría de los casos, que los patrimonios los constituían la suma de pequeñas parcelas o bancales esparcidos por todos los pagos, como consecuencia de las sucesivas particiones de las fincas entre los hijos, a la muerte de los padres. Mención aparte, merecen las labores que debían llevarse a cabo en la época de la siega y la trilla.

Cuando llegaba el tiempo de la siega y la trilla, la cosa era igualmente dura pero diferente, era otra cosa. Se podría decir, que el trabajo duro era la siega, porque la trilla era casi una fiesta, por lo menos vista con los ojos de un zagal de pocos años. Influyó en esto para empezar que, así como la recogida de la aceituna había que efectuarla en pleno invierno, la siega se iniciaba ya casi en el verano.

Los segadores se levantaban al despuntar el día y en las noches de luna se trabajaba incluso durante toda la noche, para huir del calor del sol. Los que podían, si las cosechas lo merecían, alquilaban cuadrillas de segadores, que se ajustaba por el jornal y la comida.

Estas gentes, agachados sobre el trigo, con la hoz en una mano y la otra, cubierta con una especie de guante de cuero, que protegía solamente tres dedos, empezando por el meñique. Una estampa clásica, pero hay que haberla vivido, para saber de qué se trataba. Hombres y mujeres doblados por la cintura durante horas segando trigo, sudorosos, con los nervios agarrotados y la vista fija en la hoz, llenos de polvo, avanzando por el trigal sin tregua, bajo un sol que derretía los sesos, estampa que tenía poco de romanticismo. De tanto en tanto, los segadores se ponían derechos, enderezaban el espinazo, daban un largo trago de agua del botijo, y vuelta al tajo sin más descanso.

Las garbas de trigo, a medida que se iban haciendo, se amontonaban adecuadamente, y sin gran dilación, eran transportadas en las mulas a las eras, para cuando, una vez terminada la siega, empezar la trilla.



**Antonio Lozano el "manco" en la puerta de su cortijo. Foto: Encarnación Lozano**



**Recogida del grano después de la trilla**

Las eras para trillar, excepto en los cortijos, eran de alquiler y la trilla había que hacerla por turnos. En este trabajo, las familias acostumbraban a ayudarse entre sí. En ocasiones, cuando las cosechas eran abundantes, se solían alquilar un par o dos de caballerías, que arrastrando un trillo y conducidas por el trillador, que cabalgaba en el mismo, las hacían trotar sobre las parvas a toda velocidad, en forma de círculo, con el objeto de triturar las mies, transformarla en paja haciendo a la misma vez, que el grano de trigo se separara de la espiga.

Cuando este par de caballerías lo formaban una pareja de yeguas fogosas, trotando con los crines arrastradas por el viento, conducidas por un experto trillador de pie, clavado por el trillo, tocado con su sombrero de paja, dando vueltas sobre las parvas a toda velocidad, más parecía un romano sobre una cuadriga en un circo romano.

Llegado el medio día, se paraba para almorzar. La costumbre era sentarse alrededor de una gran sartén de migas, que se comían ayudados con todo lo imaginable, rico y abundante.

Al término de la jornada, abientadas las parvas, el trigo en los sacos, la paja en las jábegas y todo camino de guardar. Cuando el trigo entraba en las trojes y la paja en los pajares, con el gozo de todos la trilla había terminado.

Los hombres, después de un baño en el río o en la acequia, con ropa limpia, con la tranquilidad de tenerlo todo sobre seguro, ya en casa y con toda la familia, se celebraba una gran fiesta, sentados todos alrededor de una gran mesa, donde se gozaba de una gran cena que significaba el punto y final.

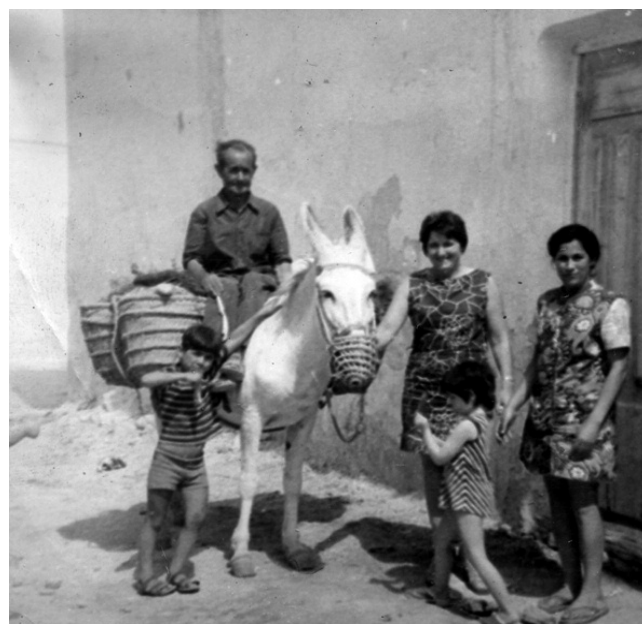
Pero no había descanso, segados los campos y reposados los barbechos, había que volver a labrar las tierras pensando en las nuevas sementeras. Los pares de bestias, uncidos los yugos, arrastrando unos rudimentarios arados, que consistía en una simple reja, conducida lo más recto posible, hundida en la tierra a fuerza de brazos, para conseguir surcos blandos y rescos, para depositar en ellos nuevas esperanzas.

Si las lluvias llegaban a tiempo, daban tempero y germinaban las sementeras, pero como jugar al rojo o al negro, parte de lo que se tiene y no sobra, con la esperanza y la vista puesta en el cielo.

Difícilmente las humildes familias labradoras podían pensar en amarrar sus hijos a la tierra, muy al contrario, lo más intentarían por todos los medios su liberación, o por lo menos, la de sus hijos, empeñado si preciso fuera, todo lo necesario con tal de salvarlos de tamaña esclavitud.

Ante este panorama, es fácil preguntarse como hacían estas gentes para poder subsistir. La vida de multitud de jornaleros, hombres y mujeres sin esperanza, marginados, condenados a la más amarga de las esclavitudes, la ignorancia amasada con la miseria. A quien puede extrañar, que se fuera creando por acá y por allá, por toda la piel de toro, el caldo de cultivo que nos llevaría con los años a matarnos los unos a los otros de los males endémicos arrastrados, durante decenas de años sin poner remedio, para luego seguir igual o peor.

Me cuesta lo indecible entender y menos aceptar, que el estallido de la guerra, de nuestra guerra civil, fuese una simple rebelión por turnos, contra los poderes legalmente constituidos y los españoles se matarán unos a otros durante tres años por defender o socavar una simple legalidad. El pueblo español valía y vale tan poco... pero tan poco, tan poco....



**Juan Ulpiano Sánchez con su Familia. Foto: Dolores Sánchez Pérez**